

español Nonell, parece decir: «Pinto y nada más». Con eso le basta.

El mayor reproche que se le podría hacer es su aversión al lirismo interpretador y a la ternura que reflejan el espíritu del pintor.

A veces hay confusión en los planos y ciertas desarmonías cromáticas.

Pero todo ello se olvida ante la sincera realidad de la visión.

<https://doi.org/10.29393/At257-258-309SAAR10309>

Salón de alumnos de Bellas Artes

En la Sala de la Universidad Central se celebró la exposición colectiva de los alumnos de la Escuela de Bellas Artes.

El conjunto, aunque numeroso y variado, no sobrepasa un nivel de mediana jerarquía estética. Es indudable que no podemos juzgar a estos jóvenes artistas con la minuciosidad y severa atención que requieren los ya formados. El Salón de alumnos se destaca por el entusiasmo y por la fe de los exponentes, no así por el grado de madurez alcanzada.

Pocos nombres descuellan en el conjunto.

La preceptiva docente, la técnica y las reglas del «oficio» se advierten con timidez en estas obras. En algunos casos, como por ejemplo, en José Balmes, en Irma Bustamante, en Alicia Carrasco, en Gracia Barrios, en Luis Diharce y Gustavo Poblete, además de un cierto virtuosismo de los elementos básicos, se hace patente la expresión de una personalidad que se vuelca en el arte y que se refleja con caracteres individualizados propios.

Pero, en general, un Salón de alumnos de Bellas Artes es, por definición, un Salón con obras reveladoras de inquietud y cierto desequilibrio formativo. Se ha dicho que la pintura es esencialmente un arte de madurez. Por eso en estos jóvenes artistas la imprecisión de un estilo no formado en su totalidad y las dudas y las rectificaciones de la pedagogía plástica, se hacen demasiado evidentes.

De todos modos, el conjunto tan disímil y distinto en sus características indica que todas las filosofías de la estética tienen cabida en la Escuela de Bellas Artes. Un grupo importante sigue las tendencias avanzadas del expresionismo, mas, en general, el Salón está formado por jóvenes que buscan un camino adecuado a sus personales posibilidades dentro de las artes figurativas.

El arte lírico de Fernando Valenzuela

Una emoción musical, etérea y lírica irisa los cartones de Fernando Valenzuela. En sus obras, el pincel acaricia más que pinta y las manchas dejan sobre la albura del papel la impresión de un temperamento que ha hecho de la eclosión de un poema colorido y sensitivo.

Fernando Valenzuela no busca la consistencia plástica de lo corpóreo. No construye; se limita a subrayar por medio de leves toques la realidad de las cosas. En su arte se insinúa, se canta por medio de un lenguaje estético, afinado e impresionista, la emoción que la naturaleza dejó en su espíritu.

Por eso, su estilo es un modo de sentir, un estado anímico especial, una emoción.

Un arte así concebido desdeña la técnica y propende al impulso sensible y entrañable. Fernando Valenzuela está en el otro extremo de lo *táctil*. Es decir, del estilo que busca el rigor escultórico y la consistencia plástica. En su obra el cromatismo pone las mejores luces de unas armonías suavizadas por lo musical y esfumado. Sin ser expresionista dramático, el lirismo le lleva a olvidar, a veces, que el arte no vive sólo de sensaciones. Que el arte es, además, una serie de convenciones apoyadas férreamente en la preceptiva, en la gramática pictórica, en los elementos artesanales, rigurosos sostenes de una obra perenne o que aspira a la perennidad.

Fernando Valenzuela se inclina de preferencia hacia el cromatismo frío. Sus gamas se apoyan en los verdes acuosos y en